



C.V.

Capítulo V

Tintín, el cazador de misterios⁵



Elementos de protección personal

Esta es la historia de un pequeño sapito llamado Tintín, que con su imaginación en el bosque mágico quería saltar y saltar. Su hogar es un pequeño lago y todas las mañanas, en las maravillas del bosque piensa, porque no se lo dejan cruzar. Sus padres, Renata y Ramón, no quieren que su hijo de su casa salga, porque los peligros del bosque lo pueden asustar o, peor aún, lastimar.

El bosque mágico, frondosos árboles de color verde alberga, ríos con peces de muchos colores que aman nadar, largas cascadas brillantes, hermosas flores que parecen diamantes y al señor Sol con su cada día más fuerte calor. Por si fuera poco, muchos animales conviven, y con ellos el pequeño una amistad puede crear, pero, por ser tan frágil, a Tintín sus padres quieren cuidar, y por eso, en el bosque no le permiten saltar.

Tintín se siente triste y solo, sin alguien para jugar. A la escuela no puede llegar, porque miles de kilómetros debe caminar; así que sus padres prefieren a su hijo educar.

Un día, mamá y papá de casa salen para trabajar. El pequeño Tintín, en soledad, decide un nuevo juego inventar, para que el tiempo más rápido pudiera pasar.

Después de muchas horas pensar, Tintín en un cazador de misterios se convertirá, cuando descubra las sorpresas que en el bosque habrá. Pero, siendo tan pequeño, pensó:

5. Cuento resultado del trabajo del grupo de investigación Calidad de Vida, Salud y Seguridad Laboral del Politécnico Grancolombiano con su proyecto: *Laboratorio de medición biomecánica*; código CVSSL-CDT -2022 -02.

—¿Cómo podré cuidarme de lo misterioso y mágico del bosque?

Porque, afuera de su casa, con problemas se iba a encontrar, que por sí solo tendría que solucionar.

De pronto, Tintín recordó:

—Un día mamá, mi ropa llevó a lavar y el agua muy fría debía de estar.

Lo pensó, porque de grandes lluvias era la época y las grises nubes con destellos en el cielo a todos hacían croar. Fue entonces, cuando mamá sapa de su delantal, sacó algo que parecía como una piel adicional; era delgada, pero sus manos del frío lograban cuidar.

—¡Guantes! ¡Oh, sí! —dijo Tintín.

En ese momento fue que los de su madre fue a buscar, para sus manos del frío resguardar y también de las cosas malas y nuevas que pudiera tocar. Y, pensó:

—¿Por qué es necesario las manos cuidar?

Y entonces un consejo de papá sapo, Tintín pudo recordar:

—“En el mundo hay muchos misterios de diferentes formas y colores que por curiosidad queremos palpar, pero pueden lastimarnos las manos, picarnos o heridas causar”.

Inmediatamente del lago donde se encontraba salió, un hada se encontró. Ella le aconsejó:

—Tus manos has de cuidar, y para eso, guantes tendrás que usar. ¡Ten cuidado! en el más allá... riesgos has de encontrar...

Entonces, sorprendido Tintín, preguntó:



Ilustración: Daniel Andrés Castro Vides

—Señora hada, ¿qué es un riesgo?

—Riesgo... cuando a riesgos me refiero, probabilidades de que un misterio u objetos nuevos tú puedas encontrar y a tu salud daño puedan causar.

Sin importar lo que podía suceder, Tintín su camino continuó; se sentía seguro porque, con los guantes de mamá cualquier cosa podría tocar.

En el camino, un cocodrilo pudo Tintín observar. Entonces, el pequeño sapito, con voz tímida, quiso preguntar:

—Señor cocodrilo, ¿por qué tu piel tan dura está?

El cocodrilo contestó:

—¡Porque todas las mañanas, protector solar me acostumbré a usar, ya que el sol mi piel podría dañar!

Luego el cocodrilo preguntó:

—¿Sabías que la piel es como la capa que usan los superhéroes?

—No... —respondió asombrado el sapito.

Entonces, exclamó el cocodrilo:

—¡La piel es muy importante porque nos ayuda a protegernos de los malvados villanos que con nuestros ojos no podemos ver!

Con la respuesta del señor cocodrilo, Tintín deslumbrado quedó... y un nuevo misterio se reveló. Feliz y saltando en una pata, dijo:

—¡La piel es la capa que con protector debemos de cuidar, y las manos con guantes debemos de resguardar!

Más adelante, por senderos extraordinarios escogió caminar. Pero, Tintín con un charco oloroso de color café, se tuvo que encontrar y al cruzarlo sucias sus patitas seguro iban a terminar. Además, en el charco, criaturas mágicas miniaturas de color verde, llamadas bacterias, vivían; enfermedades y dolores posiblemente causarían.

Entonces pensó Tintín:

—¿Cómo atravesar sin riesgo de enfermar?

Mucho tiempo pasó y para pensar en cómo lograrlo, este sapito en una piedra cansado se sentó.

Minutos más tarde, a un gato vio cómo logró pasar y se preguntó:

—Pero ¿cómo lo ha hecho?

Para el gato con botas, el charco le fue fácil de cruzar, sus patas no ensuciar y además contra muchos más peligros su vida cuidar.

Finalmente, Tintín con ayuda del gato pudo atravesar. Al despedirse, a lo lejos, él se fijó en que el sapito con elementos de protección no debía contar; así que decidió regresar, para un par de botas, a este nuevo amigo regalar. Y le dijo:

—¡Oye, nunca debes salir sin botas, el frío del bosque mágico podría atraparte y nunca del más allá escaparte!

Tintín, agradecido, con sus botas nuevas prosiguió, y así contar más adelante cuántas maravillas conoció. Con su aventura continuó, tan feliz de sentir cómo el tiempo corrió... Pero, a su casa debía de regresar, ya que el señor Sol se estaba yendo a descansar. Rápidamente, la luna en su punto más alto con mucha niebla y frío el bosque mágico iba a congelar, y todo a su alrededor en peligro iba a estar.

Quedando poco tiempo, a casa corre Tintín desesperado, ayuda pide, pues el lago en hielo se está transformando. Afortunadamente, un águila a Tintín en peligro vio y, en un abrir y cerrar de ojos, al sapito rescató. Así se encontró volando con su nuevo amigo, quien la vida le salvó y en su casita aterrizó.

Estando en casa, Tintín no paraba de pensar, emocionado, con las grandiosas hazañas que podría encontrar. Los peligros con ayuda de protección en su cuerpo, sin miedo iba a poder volver a sortear y así, el mundo mágico del más allá poder conquistar.

Él ya no quería sentir más miedo, pues la vida quería disfrutar, y para ello, por ir a la escuela tenía que empezar. Así pues, el pequeño sapito a sus padres contó sobre su travesía, de los misterios que encontró en ese mundo de maravilla, siendo tan solo un frágil y pequeño cazador lleno de valentía. Misterios ante los que, de manera segura aprendió, para ir a la escuela sin su vida arriesgar, recordando lo que cada uno le enseñó.

Al día siguiente, los padres de Tintín tuvieron que aceptar que a la escuela fuera a empezar, aunque por los caminos del bosque mágico tendría que saltar. Sin embargo, Tintín muy feliz emprende su camino, sin miedo a lo desconocido.

Al llegar a la escuela, todos los animales al pequeño sapito miraban y también de él se burlaban, tal vez porque vestía Tintín con botas, guantes, rodilleras y un gran casco amarillo; elementos cuyo fin era proteger su cuerpo de los riesgos y misterios del bosque. Sin importar las burlas, Tintín sabía que su vestimenta era segura para más misterios poder cazar; además, le había prometido a mamá Renata, que su cuerpo iba a cuidar.

Más tarde, en el intercambio de clases, se acerca un compañero y le dice a Tintín:

—¡Hola! Soy Bernardo, ¿Cómo estás Tintín?



Ilustración: Daniel Andrés Castro Vides

Tintín, feliz, responde:

—¡Muy bien Bernardo, con algo de calor, pero tranquilo porque mi piel y cuerpo cuidando estoy!

Bernardo, quien era un pequeño murciélago, respondió:

—¡Ah! Yo no sabía que esa ropa te protege y te cuida del mal que mucho daño puede causar.

Tintín respondió:

—¡Claro que sí! Estas son algunas revelaciones que en el bosque mágico pude hallar.

Entonces, comenzó Tintín a contarle a Bernardo sobre su gran aventura como cazador de misterios. Él, muy concentrado, escuchó con atención, pues le sorprendió que de una manera tan sencilla los animalitos se puedan cuidar de tantos riesgos que existen en el bosque del más allá.

En el descanso, Tintín con sus compañeros, sus “armaduras” comparte, que no son más que aquellos objetos (como bloqueador, botas, guantes, rodilleras y un casco) con los que su cuerpo protege como estandarte. Todo lo hace, porque él quiere, que sus nuevos amiguitos cuidar su cuerpo también intenten. Uno a uno, los elementos de protección se prueban; menos Ezequiel, quien es también un sapito, pero un año mayor que él, porque decía que eso para nada servía y que, además, muy feos se veían. El pequeño sapito, muy amigable, a Ezequiel le explica lo importante: “ropa o elementos que protejan el cuerpo debes usar”, pero Ezequiel muy grosero y molesto sin mirarlo se va.

Horas más tarde, Ezequiel regresando a casa va, pero el señor Sol muy brillante y acalorando está. Al pobre Ezequiel, quien fue el único que no escuchó consejos, el sol su piel sonrojó, causando mucho dolor. Muy asustado, al pequeño sapito le pide ayuda llorando. Tintín siempre

preparado, de su mochila saca protector solar para a su amigo ayudar y, además, un poco de agua para él fue a buscar, pues Ezequiel no para de llorar y de casa aún lejos están.

Cuando Ezequiel mejor se siente, le dice:

–¡Amigo, mil gracias! Mi piel está mucho mejor y más protegida. Dis-cúlpame, Tintín, por no quererte escuchar y tus objetos especiales des-precia.

Esta aventura fue una enseñanza para todos los compañeros de Tintín, pues entendieron que siempre su cuerpo debe cuidar, para que los mis-terios del más allá no los puedan alcanzar.

Finalmente, todos en la escuela, sus manos, piel y patas aprendieron a proteger. Además, como si fuera poco, los niños a sus padres les lle-garon a contar, sobre los misterios y enseñanzas que Tintín les pudo mostrar. Así, todos, sin importar, grandes o pequeños serán, expuestos a peligros en algún momento estarán. Pero, de ahora en adelante, de ma-nera segura, así como Tintín de su hogar podrán salir y saltar; también, lograrán el bosque enfrentar.



Ilustración: Daniel Andrés Castro Vides